

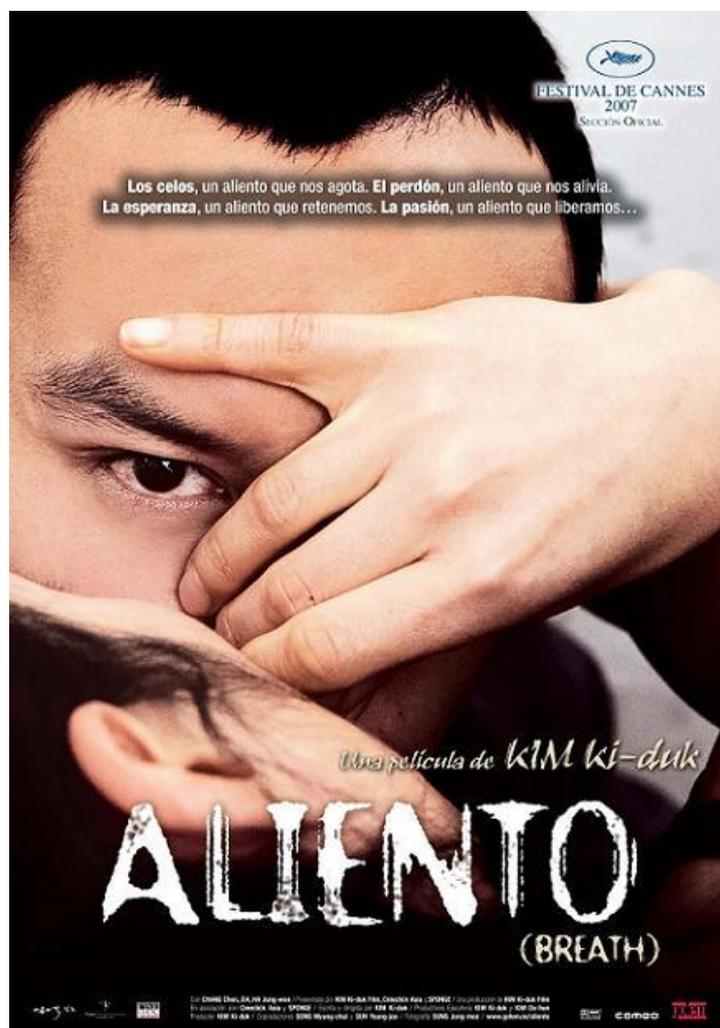
ALIENTO. UN AMOR QUE CORTA LA RESPIRACIÓN

Por MARÍA VAQUERO ARGELÉS

T. O.: *Soom*. **Producción:** Cineclick Asia, Kim Ki-duk Film y Sponge. **Productor:** Song Myong-chul. **Director:** Kim Ki-duk. **Guión:** Kim Ki-duk. **Fotografía:** Sung Jong-moo. **Música:** Kim Myung-jong. **Montaje:** Wang Su-an. **Diseño de producción:** In-jun In-Hwang. **Vestuario:** Lee Da-yeoun.

Intérpretes: Chang Chen (Jang Jin), Hang In-hyeong (preso joven), Ha Jung-woo (esposo), Kim Ki-duk (jefe de prisiones), Park Jia-a (Yeon), Lee Joo-seok (preso pintor), Oh Sun-tae (el otro preso), Kim Eun-seo (la hija).

Color – 84 minutos. **Estreno en España:** 4-VII-2008.



“Is this love what I’m feeling? Is this the love that I’ve been searching for?”, cantaba David Coverdale con los Whitesnake en 1987. En la búsqueda de la respuesta a esta pregunta Kim Ki-duk parece haber encontrado un filón que no se agota.

Aliento (*Soom*, 2007) es la última de sus incursiones en la exploración de los sentimientos más poderosos del ser humano y el cineasta surcoreano se sirve de los lugares comunes de su filmografía para mostrarnos la lucha por sobrevivir en un mundo donde la incomunicación parece ser la piedra angular de las relaciones humanas.



En esta ocasión se trata de la historia de un matrimonio roto que se cruza en el corto camino de un sentenciado a muerte. A partir de este esquema, Ki-duk opta por exponer un cuadrilátero que, con precaución, se podría tildar de amoroso (no olvidemos a ese preso que profesa un amor ciego hacia Jin), desarrollado a través de un curioso paralelismo: Jin ha sido condenado con la pena capital por asesinar a su mujer y a sus hijas, mientras que Yeon es una muerta

en vida, una vida que se reduce a cuidar de su hija y a soportar los desplantes de su esposo. Ni siquiera su trabajo como escultora sirve de consuelo ya que las alas con las que adorna sus obras son una muestra de unas ansias de libertad que nunca han sido satisfechas. Su interés por Jin no deja de ser extraño, pero es comprensible que sienta cierta empatía hacia aquel que, ya cansado, trata de poner fin a todo. A partir de este momento, las cosas cambian mucho para Yeon. Al conocer a Jin se siente con fuerzas para lograr lo imposible, algo que parecía no creer a juzgar por su vida marital.

Kim Ki-duk no da puntada sin hilo (note el lector la similitud de los nombres de los protagonistas con los del principio oriental de la dualidad en equilibrio: Ying-Yang) y, como de costumbre, utiliza numerosas metáforas para revelarnos el intríngulis de la situación. El uso de los espejos y las cámaras de la prisión (el papel del *voyeur* se lo reserva el propio cineasta y, por ende, es un regalo para los propios espectadores) como síntoma de incomunicación –de hecho, es la única manera de que los esposos se relacionen–, al igual que el hecho de que Jin se autolesione en el cuello con la consecuencia de su imposibilidad de hablar; el transcurso de las estaciones, siguiendo el proceso natural del enamoramiento que da paso a la nieve como muestra de lo gélido que puede ser el amor en ocasiones; la utilización de la camisa –y la reacción de Yeon– como símil de la relación de pareja y su evolución; los barrotes carcelarios que adornan la casa del matrimonio y que sugieren un paralelismo con la celda en la que habita Jin con sus tres compañeros...



Es una historia de amor que comienza con el aliento que Jin utiliza para marcar sus labios en el cristal de la sala de visitas de la cárcel y que termina cuando Jeon trata de quitárselo dándole lo más preciado que tiene, el instante previo a la muerte que le atormenta desde su infancia pero que tanto le une al preso. Se trata de un acto de generosidad interrumpido por el funcionario de prisiones, una escena en la línea de la que sirve como colofón en *El imperio de los sentidos* (*Ai no corrida*, Nagisa Oshima, 1976), aunque con motivaciones bien distintas.

Además de la creación de imágenes muy hermosas con ese uso de los espejos antes mencionado y mediante los momentos que se viven en la sala de visitas, que se transforma en cada encuentro, es reseñable la utilización de la música. Los mensajes son claros a través de las canciones; así, todo parece maravilloso en el encuentro primaveral con letras que revelan el sentimiento del amor más hermoso; no obstante, la canción que cierra la película, una adaptación de *Cae la nieve* (*Tombe la neige*, Salvatore Adamo, 1963), unida a la imagen de los tambaleantes y gélidos muñecos, preludia que lo que viene a continuación va a ser duro para todos; no basta con olvidar lo sucedido para solucionar los problemas familiares.



La actuación es determinante para que la historia funcione y el espectador pueda acceder a los sentimientos que tan a flor de piel están a lo largo de todo el film. Todos los actores están correctos, con un trabajo medido por parte de Park Ji-a (Yeon) y Ha Jung-woo (el marido) –personaje que se hace terriblemente odioso según avanza el film–, pero es Chang Chen en el papel del recluso Jin el que traspasa la pantalla con su mirada penetrante cargada de odio, pero también amor y ternura al comprobar que todavía hay quien se preocupa por él.

Sin palabras, una vez más, es cómo mejor expresa Kim Ki-duk todo aquello que nos muestra trabajo tras trabajo, quizás siempre dentro de una misma temática porque tal vez todo es poco para hacer saber que lo irracional es a veces necesario para dar sentido a la vida.